

El estado de la Francia.

Los habitantes de Argenton que no habían penetrado en el jardín del doctor y que ignoraban los misterios del árbol de la ciencia, del emparrado de los tilos y de la gruta de las meditaciones, no comprendían por qué era tan indiferente para los asuntos políticos.

Mucho más cuando había pocas personas que hubieran dado más pruebas de odio hacia la nobleza y de abnegación por la democracia.

Constantemente rehusaba asistir á los ricos y recibir nada de los pobres, siendo de notar que, de día ó de noche, estaba siempre dispuesto cuando llamaban á su puerta para que acudiera á la cabecera de la cama de un plebeyo.

Y por la primera vez, precisamente cuando se trataba de la madre patria, de ese nombre sagrado; cuando se apelaba á sus servicios como ciudadano, el hombre se ocultaba detrás del sábio y desaparecía el filántropo.

Sin embargo, la Francia necesitaba de todos sus hijos, así como el universo también necesitaba de ella.

La Francia en 91 apareció á los ojos del mundo regenerada, purificada, podía decirse que había arrojado en los sumideros de Marly su traje, manchado por Luis XV y que solo remontaba al advenimiento de Luis XVI al trono.

El nuevo mundo la bendecía porque le había ayudado en la difícil tarea de su redención, y la caduca Europa la contemplaba con amor.

La tiranía reinaba en todas partes en 91, y todos los Estados tiranizados la imploraban con voces y gemidos.

A donde quiera que hubiera extendido su brazo, los pueblos indiferentes ó desencantados la estrecharían la mano, y donde hubiera puesto el pié la recibirían de rodillas.

Era la sublime trinidad de la justicia, de la razón y del derecho.

Era porque entonces, no habiendo entrado la Francia en el terreno de la violencia, la Europa no había entrado en el del odio.

Efectivamente, ¿qué deseaba la Francia en 1791?

Interiormente, la paz y la libertad para sí misma; exteriormente, la paz y la libertad para las demás naciones.

La Alemania se regocijaba á cada paso que adelantaba la Francia, y decía: ¡Oh! ¡si tuviéramos la Francia! ¡Qué mano la que en Suecia escribía en la mesa del sucesor de Gustavo el Grande: ¡No queremos guerra con Francia!

En aquella época todos sabían que ayudándola trabajaban para el mundo entero.

Toda su ambición se limitaba á recobrar Lieja y Saboya, dos provincias suyas, puesto que hablaban el mismo idioma.

Nada quería tomar ni aceptar de las demás naciones.

Por eso en 1791 levantaba la cabeza con orgullo, porque tenía confianza en su poder y en su fecunda virginidad.

Sabía que por el amor de los pueblos llamaba sobre ella el odio de los reyes. La Rusia, la Inglaterra y el Austria la odiaban.

Catalina, apellidada por Diderot Catalina la Grande, y que Voltaire nombraba la Semíramis del Norte, aquella estrella polar cuya luz sustituía al sol de Luis XIV; Catalina, la Mesalina rusa que aventajaba á la Mesalina romana en haber asesinado á su Claudio; Catalina, que había llevado á cabo por medio del scita Souwarow los asesinatos de Ismael y de Raya, que había devorado parte de la Polonia y se preparaba á devorar el resto; Catalina, que sobrepujando á Pasiphaé tenía *un ejército por amante*, expresión terrible empleada por Michelet; Catalina, abismo insaciable, que jamás decía *basta*; Catalina, pues, recibió un bofetón en el rostro el día de la toma de la Bastilla.

La tiranía encontraba un dique, una barrera. Por eso le escribía á Leopoldo preguntándole por qué no vengaba los insultos inferidos diariamente á su hermana María Antonieta.

Y por esto tambien habia devuelto á Luis XVI, sin abrirla, la carta en que anunciaba que aceptaba la Constitucion.

La Inglaterra, personificada en su ministro Pitt (el rey estaba loco y el príncipe de Gales embriagado), gozaba infinitamente con los acontecimientos que tenian lugar en Francia.

Pitt odiaba á los franceses con todas las potencias de su alma, con motivo de la parte que habia tenido la Francia en la independencia de América.

Con un ojo fijo en el mapa de la India y otro en Paris, veia las pérdidas que sufríamos en las colonias y los progresos de nuestra revolucion.

La reina le temia de tal modo, que pocos dias antes del 10 de Agosto habia enviado á la princesa de Lamballe para pedirle gracia. «No hablo, decia, sin morir de susto.»

El Austria estaba tan enferma como nosotros; más aun, si suponemos que los países despóticos se resumen en sus soberanos.

Estaba gobernada por el anciano príncipe de Kaunitz, quien tenia ochenta y dos años, y el emperador Leopoldo cuarenta y cuatro. Hacia un año habia sido llamado al imperio, trasportando de Florencia á Viena su harem italiano.

Extenuado por los excesos, comprendia que apenas podria vivir algunos meses más, los que cambió en dias por el método que usaba; además, su enfermedad era la de todos los reyes, buscar en los placeres el alivio de los disgustos y cuidados que proporciona el trono.

Mad. de Pompadour, Mad. Dubarry y el Parque de los Ciervos resultaron de esas inquietudes, así como los 300 religiosos de Portugal, los caprichos del gomorro Federico y los favoritos de Gustavo.

De eso mismo resultaron los 354 bastardos de Augusto de Sajonia, de los que la historia por gazmoñería no hace mencion, pero

que uno por uno cita la crónica, vieja bachillera, que espia á través de las cerraduras de Trasko-Selo, de Windsor, Schandruun ó de Versalles.

Al lado de Kaunitz y de Leopoldo está el jóven Metternich, el gran génio de su época, que era contrario á la guerra con Francia, y que reducía su política á estas palabras puramente realistas: *Dejad hervir á la revolucion francesa en su marmita.*

A los enemigos exteriores que todavía no habian dado el programa, es preciso añadir los interiores.

Primero, el Rey.

Antes de continuar, haremos una digresion.

¿Por qué los reyes en lugar de acceder sencilla y prudentemente á los deseos de los pueblos, resisten á ellos, y acometidos en las últimas trincheras llaman entonces en auxilio suyo al extranjero?

Porque para ellos el pueblo es un extraño, y los extranjeros son su familia.

Por ejemplo; Luis XVI era hijo de una princesa de Sajonia, de la que heredó la obesidad y la gravedad y lentitud; por consiguiente, ya no tenia sino una cuarta parte de sangre francesa; puesto que tambien descendía de un príncipe que se habia enlazado con una extranjera.

Se casó con María Antonieta, de la casa de Austria y de Lorena; ya tenemos sobre el trono dos sextas partes de sangre francesa, dos de Sajonia, una de Austria y otra de Lorena.

¿Cómo se quiere que pueda más la sangre francesa? Imposible.

¿A quién acudió Luis XVI en su lucha política contra la Francia?

A su cuñado de Austria, á su cuñado de Nápoles, á su sobrino de España, á su primo de Prusia; es decir, á su familia.

Tanto los historiadores cuanto los cronistas han sido injustos para Luis XVI; los segundos, porque pertenecian á su servidumbre; los primeros, porque pertenecian al partido republicano.

El derecho del novelista es pertenecer al partido de la posteridad.

El duque de Vangullon habia dado al rey una educacion jesuítica, la que modificó en mal sentido la rectitud de ideas, que era un legado de su padre y de su madre: lo que le quedaba de aquella

primitiva lealtad no fué bastante para que pudiera comprender el plan de la reina y de Kaunitz, que consistia en destruir con la revolucion á la revolucion.

Realmente el rey no amaba á nadie; ni á sus hijos, porque dudaba de su paternidad, ni á la reina, porque dudaba de su amor; y sin embargo, María Antonieta era la única que tenia influencia sobre él; la única de la familia, se entiende.

En cambio pertenecía al clero; debemos atribuir á este influjo los juramentos que prestó y revocó, la falsedad en la comedia constitucional y sus mentiras en política.

Fué siempre el rey de 1788: la toma de la Bastilla no le sirvió de leccion: 89 era para él una sublevacion y 92 una intriga del duque de Orleans.

Nunca quiso reconocer en el pueblo una majestad igual á la suya y el derecho divino era para él primero que el derecho popular, mirando como la ofensa más grave el que en Setiembre de 1791 el presidente Thouret, que se presentaba para que aceptase la Constitucion, tomara asiento viéndole sentado.

Aquella noche el Sr. de Goguelat salió para Viena con una carta del rey para el emperador.

Desde aquel momento, los franceses no solo eran extraños, sino enemigos, y contra ellos llamaba á su familia.

Tal fué el error en que hizo caer á Luis XVI su educacion jesuítica y de príncipe; anunciar á la Europa entera que aceptaba la Constitucion, y al Austria que la rechazaba.

Se podia escribir una historia en extremo curiosa, la del confesorio de Luis XVI, es decir, la de un corazon bueno y la de un alma honrada en la esencia en lucha con la obstinacion clerical.

Decia Richelieu que le costaba más gobernar los doce piés cuadrados del dormitorio de Ana de Austria que la Europa entera.

El rey podia decir que sufría su conciencia más asaltos que la ciudad de Lila sólo que esta resistió con la mayor lealtad y Luis XVI se entregó como Verdun.

Desgraciadamente, casi al mismo tiempo que el rey declaraba á la córte de Viena que el pueblo francés era enemigo del rey, se

convencia el pueblo de que su soberano era su enemigo. Pero á quien miraba como á enemigo hacia largo tiempo era á la reina.

Los siete años de esterilidad, que no sabian á qué atribuir, puesto que no conocian la enfermedad del rey, sus preferencias exageradas por la princesa de Polignac, de Palastron y de Lamballe, la que á lo ménos le fué fiel hasta la muerte; sus imprudencias con Arturo Dillon y con Coigny, sus desordenadas madrugadas, sus locas noches en el pequeño Trianon, su generosidad para sus favoritas, que le valió el nombre de *madame Déficit*; su oposicion á la Asamblea, por lo que la nombraron *madame Veto*, aquella preferencia continua hácia el Austria en contra de la Francia, el orgullo de los Césares alemanes, que se complacia en sostener, aquella continua expectativa del enemigo habian hecho que la aborrecieran los franceses.

Ya llegaban los prusianos, tan deseados y esperados; llegaban precedidos del terror para el pueblo y de la esperanza para los realistas.

Llegaban con el manifiesto en la mano del duque de Brunswick, empezando á ponerle en ejecucion desde la frontera. La caballería austriaca estaba ya en los alrededores de Sarreluis y se apoderaba de los alcaldes patriotas y de los republicanos conocidos como tales, y los hulanos, para distraerse, les cortaban las orejas y se las clavaban en la frente.

Terrible fué esta noticia para los parisienses cuando la leyeron en los boletines oficiales, pero el terror creció de punto al forzar el armario de hierro y encontrar una carta dirigida á la reina, en la cual se la anunciaba alegremente que llegarían los jueces detrás de los ejércitos, y que los emigrados que ingresaban en los batallones del rey de Prusia, ya posesionados de Longwy, instruían la causa de la revolucion y preparaban los patibulos para los revolucionarios; todo esto exagerando, como sucede siempre cuando se trata de grandes catástrofes.

A quien detestan, decian, es á los parisienses, y todos los que hayan tomado parte perecerán.

Si los austriacos habian encerrado á Lafayette en Olmutz, á pe-

sar de haber querido salvar al rey y á la reina (sabemos que la encantadora habia querido seducir sucesivamente á Mirabeau, á Lafayette y á Barnave), con mayor motivo detestarian á las treinta mil personas que habian ido en busca del rey á Versailles, á las veinte mil que le habian escoltado desde Varennes, á las quince mil que invadieron el palacio el 20 de Junio, y las diez mil que le tomaron el 10 de Agosto y las exterminarian desde la primera hasta la última: hasta fijaban el sitio.

En una llanura desierta, no las hay en Francia, pero como los reyes habian dicho: «vale más un desierto que los pueblos sublevados,» calculaban que incendiarían las casas, árboles y prados en la de San Dionisio y que allí colocarían un trono con cuatro frentes: uno para Leopoldo, otro para el rey de Prusia, el de la emperatriz de Rusia y el de Pitt, y que delante de cada uno se levantaría un cadalso.

La poblacion de Paris, como un miserable rebaño, sería arrojada á los piés de los reyes aliados, y como en el dia del juicio final separarian los buenos de los malos, estos eran los revolucionarios, que serían guillotínados.

Pero exceptuando algunos, los revolucionarios eran todo Paris, los cien mil hombres que habian tomado la Bastilla, los trescientos mil que se juraron fraternidad en el Campo de Marte y todos los que ostentaban la escarapela tricolor.

Los que miraban más allá, decían:

—¡Ah! no solo perecerá Francia, sino el pensamiento de la Francia; la libertad del mundo que ahogarán en la cuna, el derecho, la justicia.

Y aquellas amenazas, que espantaban al pueblo, regocijaban á la reina.

Cuenta Mad. Campan, á la que no se puede tachar de jacobita, que pocos dias antes del 10 de Agosto velaba la reina una noche, y á través de las persianas, entreabiertas segun costumbre suya, contemplaba la noche cuando llamó por dos veces á madame Campan, la que dormía en la misma habitacion.

La dama la contestó.

La reina á la luz de la luna procuraba leer una carta; era la que noticiaba la toma de Longwy y la rápida marcha de los prusianos sobre Paris.

La reina calculó los dias, las leguas, y dijo lanzando un suspiro de satisfaccion:

—Necesitan ocho dias: dentro de una semana nos habremos salvado.

Ocho dias despues, los prusianos aun permanecian en Longwy y la reina estaba en el Temple.

Estos eran los acontecimientos que habian conmovido á Argenton, y por los que el partido popular se decidió á pedir consejos á Jacobo Merrey.